

E. MIRET MAGDA LENA

Muchos hombres y mujeres se encuentran disconformes con la crisis que hay en las Iglesias; y en particular, en nuestro país, no convence ni lo antiguo, lleno de ritualismo, normas rígidas y doctrinas fuera de actualidad, ni tampoco lo presente, que tiende a buscar nuevos caminos, sin acertar con ellos por exceso de infantilismo endémico.

Los Gospel-nights y los festivales de Fe y Alegría se suceden en Francia, y dentro de poco los tendremos en España. A las comunidades cristianas de base de carácter triunfalista están sucediendo otros grupos o comunidades más realistas y menos brillantes. Pero muchos —cada vez mayor número— nos encontramos perdidos en este bullicio religioso que muy poco dice en el plano de la intimidad. Se vive una ficción exterior como si en ella quisiéramos encontrar lo que hemos perdido al superar la fase anterior; pero la ilusión no puede durar mucho tiempo, y pronto nos daremos cuenta de ello.

En Francia —donde todo resulta precursor de lo nuestro— se empiezan a notar síntomas de este replanteamiento, digno de reflexión por nuestra parte. Unas veces es un joven de veintidós años que escribe en el periódico *Le Monde* sus imparciales impresiones acerca de lo que suministra la Iglesia de hoy, y se siente decepcionado ante el aburrimiento y anacronismo de lo antiguo, y ante la falta de norte claro en lo que hoy está pasando: se habla de todo lo que parece novedad creyendo interesar a la gente, pero se olvida el tema fundamental: la vivencia de lo religioso y la palabra sobre Dios para aplicarla personalmente y no por procuración a nuestra vida.

Aprender a tocar el piano no consiste en conocer la técnica del piano ni la de aprender los mejores discursos sobre las excelencias del piano. Es estimular el gusto por desarrollar personalmente nuestras cualidades artísticas y expresarlas por medio de un piano.

Igual pasa con la religión. No podemos relegarla como antes a un mundo misterioso para especialistas en teología, liturgia o derecho canónico, mundo tiránico y dominador del cual dependíamos para todo. Ni tampoco podemos diluirlo en un juego de fuegos artificiales que no nos desarrollan personalmente porque sólo nos dan —en un nuevo clericalismo avanzado, pero no menor clericalismo que el antiguo— las nuevas y brillantes recetas de política de pseudo-izquierda, de diversión religiosa bulliciosa o de liturgia "pop".

Así, no es extraño que pasado el sarampión, después del espectacular brote de estos novedosos ensayos, el clero que más los ha removido ha entrado en crisis y abandone todo; y los militantes seculares se pasan al mundo del materialismo dialéctico, to-

mándolo como una nueva religión de sustitución de la que antes tenían.

Hemos entrado no sólo profanamente, sino religiosamente en la era del ruido y de la contaminación. Del ruido, que nos impide pensar por nosotros mismos, y de la contaminación, que envenena nuestras mentes sin darnos cuenta, evitando que podamos ser nosotros mismos.

Y, sin embargo, como ha demostrado Freud, nunca podremos ser felices si antes no aceptamos lo que somos, consciente y valientemente, para —partiendo de ello— construir un hombre más espontáneo y menos artificial que la actual marioneta que somos de todas las influencias externas.

Un psitacismo irrefrenable, una verborrea morbosa, invade todo, y también a la Iglesia en España. Los pulpitos, el periódico, la revista, el libro, la asamblea, la conferen-

EL RUIDO RELIGIOSO

cia y el coloquio están anegados por nuevas teologías, nuevas propagandas y nuevas demagogías que nos envuelven en un mar que nos ahoga y asfixia. Los pobres mortales, que pretendemos ser independientes, estamos siendo arrollados por este ruidoso oleaje de palabras y más palabras que, por si fuera poco, se graban en el magnetófono para no perder su influencia.

Pero muchos —como yo— estamos pensando que la escuela y la Iglesia debían —si quieren ser algo para hacer hombres— ser un lugar de contemplación y silencio que permita desarrollar las fuerzas personales con espontaneidad y sin presiones ni influencias o coacciones de nadie.

María Montessori, la gran precursora de la educación del porvenir, lo vio claro: la libertad se obtiene por la espontaneidad, y ésta por el silencio en calma de quien sabe crear un clima sin angustia, ni rígida disciplina ni tensión.

Pero, ¿es esto lo que hacen las Iglesias hoy? ¿No son ellas las que han perdido el rumbo y todavía nos agobian más a los hombres o con sus normas anticuadas o con sus exigencias de bullicio humano (llámese

revolución de pseudo-izquierda o acción violenta de derecha)?

Querriamos otra cosa, y no la encontramos. Pretendemos que se olviden tantas discusiones, congresos y reuniones para enseñar la última novedad religiosa copiada del mundo profano (pero a destiempo). No queremos una teología de las realidades terrenas, ni de la revolución, ni de la liberación, porque el mundo futuro, la transformación social y el hombre nuevo vendrán de un puñado de hombres decididos e inteligentes que sepan sociológica y psicológicamente cómo se cambian las sociedades de hoy, y lo apliquen con cabeza. Pero no vendrá del último eclesiástico de moda que pretenda embaucar a su clientela decreciente de seculares, religiosas y clero inculto con brillantes, pero inoperantes teologías o irresponsables pastorales de pacotilla.

El problema es mucho más sencillo, y por ello mucho más difícil de realizar: la religión es un sentimiento vital íntimo de carácter dinámico que se tiene o no se tiene; y, si se posee, no hay más que dejarlo desarrollarse, sin intentar ahogarlo ni desviarlo con nuestro bullicio de polémica o de ensayos infantiles renovadores.

Y de ahí tiene que partir todo. Lo otro no vale nada o casi nada.

Pero nadie se quiere percatar de ello, y sigue la feria adelante relegando a último lugar lo único esencial que se podría resumir en muy pocas palabras, si es que las palabras pueden expresar lo inexpresable.

Los creyentes, por eso y para eso, debíamos leer a Nietzsche en vez de ahogarnos deliciosamente en la teología de otros tiempos o en la de última moda superficial. Sólo un revulsivo como el suyo podría comenzar a liberarnos de tanto follaje no sólo de organización y estructura, sino de ideas artificiales, sentimientos superficiales y deseos irreales que impiden al hombre ser hombre, y al hombre religioso ser religioso.

Porque la religión es ese pequeño y fugaz toque interior que nos abre hacia arriba y hacia delante, después de haber sentido su profundidad.

Pero si no nos damos cuenta de su hondura, no podremos ir hacia arriba ni hacia delante, que es lo que desgraciadamente nos está ocurriendo con tanta polémica verbal y tanto ensayo exterior que complica nuestras vidas sin ayudarles nada.

Y si este sentimiento íntimo lo viven y tienen pocos seres humanos, seamos modestos para reconocerlo y no queramos sustituirlo por sucedáneos artificiales como los que se nos están suministrando hoy. Porque, al final, nos daremos cuenta del error cuando ya no tenga remedio y hayamos ahogado lo esencial.

Lo que pide nuestro tiempo es otra cosa: una fe desnuda, y no una fe llena de oropel por modernos que estos sean.